

JARVIS (Judith): *In Defense of Moral Absolutes*, en «The Journal of Philosophy», LV, núm. 24, 1958 (págs. 1043-1053).

Carece de popularidad la idea de que en la moral tenga que haber algo absoluto. Por distintos caminos niegan tal idea el escepticismo y el relativismo éticos, y de algún modo también el emotivismo y los relativismos más o menos subyacentes en sistemas que no lo aparentan a primera vista.

La autora establece varios puntos en que resulta haber dicotomías absolutas.

El enunciado de que x es bueno no tiene sentido si no implicase que otra conducta en el sujeto mismo x tendría que ser calificada como mala.

En todo caso, el afirmar que x es bueno lleva consigo la significación de que el juicio contrario implica una realidad conductual que es absolutamente contraria a la primera. Aunque no se comprende bien por qué en ese caso concreto la conducta de x haya de ser buena o mala.

Sin embargo, muchas veces, y por ser juzgado de distintos puntos de vista, no se advierte gran diferencia en que un acto sea calificado como bueno o como malo. Pero una cosa es clara: que la propiedad misma de que x sea bueno o malo entraña una absoluta y radical incompatibilidad en la duplicidad de calificación posible. Hay una comprensión última de eticidad, comparable con el elemental hecho de que tenemos dos manos, y de que hemos de emplearlas de modo muy distinto cuando nos sentamos a la mesa y nos ayudamos de ellas para comer. Una función análoga viene constituida por nuestra idea de la absoluta disparidad existente entre los conceptos de lo bueno y de lo malo cuando desde nuestra centralidad humana abarcamos el universo de la actividad ética.—A. S.

KALLEN (Horace M.): *The Meaning of Tragedy in the Freedom of Man*, en «The Journal of Philosophy», LV, 18, 1958, (págs. 772-780).

En el lenguaje inglés vulgar, la palabra «tragedia» juega con sentidos diferentes. Incluso tiene límites a toda significación realmente trágica. Hay conme-

moraciones de desastres que tienen lugar por medio de alegría verdaderamente báquica. En suma, un mismo evento puede ser captado simultáneamente como trágico y como cómico, de acuerdo con las actividades y los deseos de los observadores. Por ello piensa el autor que la significación originaria de esta palabra ha cambiado mucho.

Antiguamente denotó una específica configuración de los sucesos que acaecían en los pueblos helénicos. Consistían en vestir, cantar, etc., de cierto modo en la transición entre invierno y primavera, entre las distintas estaciones del año, en las radicales alternativas de muerte y resurrección, derrota y victoria, en medio de sacrificios rituales y festejos públicos.

Fué en la democrática Atenas, cuando se hubo descubierto el papel activo que la libertad interior del hombre realizaba en la marcha de los negocios, cuando se tuvo noción del concepto clásico de tragedia, para describir las luchas de la voluntad interior frente a los acontecimientos no queridos o no esperados. El «sentimiento trágico de la vida» que dice Unamuno, implica un fondo de inaccesible fe y esperanza en las fuerzas de la libertad interior, pese al fracaso vital y frente a la hostilidad del medio. Don Quijote de la Mancha nunca llegó a abdicar de su libertad, y este es el sentido de su tragedia e infortunio. Expresiones tales como «sentimiento trágico de la vida», «agonía», «ansiedad», significan la existencia de alternativas vitales, donde existen reales dificultades para llevar adelante la propia intencionalidad práctica, y, sobre todo, la lucha personal para preservar el sistema de valores propios frente al aplastamiento exterior.

La materia de la tragedia viene proporcionada, en las sociedades libres, por la irreconciliable elección entre bienes diferentes que podrían llevar cada uno su parte de felicidad a la vida humana. La versión literaria de la tragedia, implica siempre este sentido derivado de las libertades del hombre.—A. S.

KANG-FARLOW (John): *Value and «Essentialist» Fallacies*, en «The Thomist», XXI, núm. 2, 1958 (págs. 162-170).

El problema del valor es algo más que un núcleo fundamental de la ética. An-

tes bien, es tema fundamental de toda filosofía.

Recientes pensadores manifiestan cierta antipatía a los elementos «existencialistas» de la realidad. Esta tendencia se da sobre todo en los conceptuados por el autor filósofos existencialistas y en los seguidores de la filosofía analítica. Sartre y Bertrand Russell coinciden en calificar de presunciones metafísicas lo que se abona como «esencia» o «valor», deplorando las internas contradicciones de tales conceptos. No hace cosa muy diversa L. Wittgenstein al buscar el modo de *di-solver* los problemas filosóficos.

Aparece así la «esencialidad» como resultado de una fatal incompreensión de la situación humana. La fijación de algo, cualquier cosa que ello sea, no es más que una superstición incoherente. El origen hubiera podido estar en confusiones lingüísticas de la estética tradicional, o la confusión entre estética y realidad. Hasta en el lenguaje político resultaría que los términos tales como «Estado», «ciudadano», «Derecho», etc., no podrían tener significado esencial, cuyo descubrimiento y explicación competiría a los filósofos. Su función significativa consistiría únicamente en constituir un modo técnico de que sea inteligible el discurso humano.

El autor, por su parte, supone que la actitud de los filósofos anti esencialistas procede de la falsa posición de pensar que solamente entendemos o comprendemos algo cuando expresamos verbalmente esta comprensión, como si únicamente nos planteáramos la pregunta de cómo poder utilizar tal concepto. Como si no hubiera cierta misteriosa implicación espiritual entre nosotros y la realidad cuyo conocimiento buscamos o en parte tenemos.

Por el contrario, la filosofía existencialista tradicional reconoce que no todo el valor del conocimiento ni de la esencia de la realidad consiste en su expresión adecuada. Sino que el mundo viene constituido en una continuidad de *hecho* y de *valor*.

Otra cosa es que haya procedimientos cada vez más adecuados objetivamente a la recta interpretación y comprensión de la realidad. En todo caso, el conocimiento nunca puede estar reducido a una descripción de la realidad como hatos de sensaciones y significaciones, y es dis-

cutible la afirmación de que «aquello que no se puede expresar, más vale callarlo completamente».—A. S.

KURTZ (Paul W.): *Need Reduction and Normal Value*, en «The Journal of Philosophy», LV, 13, 1958 (págs. 555-568).

La doctrina ética contemporánea se viene ocupando del problema de la valoración y del sentido. Los juicios de valor se estudian con independencia de sus emitentes, y el sentido ordenador se estudia con independencia de su función. El autor, por su parte, pretende insistir en la significación objetiva del concepto de «normal».

Los organismos vivientes mantienen una continua lucha para reducir su tensión y lograr el equilibrio. Pero los estímulos internos y externos originan transformaciones y disturbios que generan nuevas tensiones. La continuidad de ciertos estímulos se llama «necesidad», y la tensión por ellos establecida constituye una necesidad vital. Cuando en una especie biológica se ha definido como constante alguna de estas necesidades, aparece como estructura propia de dicha especie. Tal estructura definida aparece en todos los miembros normales de la especie. El organismo trata, de de luego, de reducir la tensión que cada necesidad produce, en un continuo proceso restaurador de equilibrio.

Las necesidades exteriores aparecen, en este momento, como necesidades de segundo grado, puesto que están orientadas a la consecución del equilibrio interno, o sea, postulado por la existencia de necesidades interiores insatisfechas. Pero ambos géneros se interaccionan e influyen mutuamente. Podría considerarse de este modo el organismo como un *campo* de procesos orgánicos constituido por eventos internos y externos. Lo característico del organismo viviente es que utiliza tales procesos como medios para buscarse un equilibrio orgánico. De este modo las estructuras reproductivas aparecen también como cosas vivientes, puesto que los seres vivientes tienen capacidades para crecer, expandirse y funcionar.

La conducta y motivación humana es una función de un campo de interacción unitaria. El proceso puede descomponerse en fases sucesivas: hay cierta necesi-